

Rúa Aurora, sin Fressia

“Vive como cordero, a fin de que puedas escribir como león”.

G. Flaubert.

El *cliché* de inundar las redes sociales con auténticas muestras de empatía, tribulación y congoja nunca pudo presentarse en momento ni de manera tan justificados como ante la partida física del poeta Alfredo Fressia, ocurrida en Brasil la noche del lunes 7 de febrero del presente año. Las fronteras, que para Fressia nunca dejaron de ser móviles y carecer de sentido, echarán de menos sus consuetudinarios pasajes, vuelos de golondrina desde San Pablo hasta el obsequioso ámbito de algún bar o cafetería céntrica de Montevideo; o, por qué no, de su entrañable calle Minas o barrio Reducto, del que, como acérrimo cosmopolita, nunca acabó de marcharse del todo o, lo que parece más cierto, lo cargó con él, consecuente y sabedor de que toda gran aventura que existe pervive “más allá de los bordes de una página”, hacia adentro, hacia uno mismo. Luego, arrellanado en alguna silla (o banco de plazoleta), el sol del mediodía abarcaría la sinuosidad de su rostro y el brillo lacrimoso de sus retinas, en las que se reflejarían las incontables amistades con las que solía reencontrarse y *aggiornarse* a cada retorno; como antes, en un tiempo pretérito en una mesa esquinera del café Sorocabana.

Fressia fue poeta, crítico, traductor y profesor de literatura egresado del Instituto de Profesores Artigas, pero a mediados de la década del 70 en nuestro país, cuando era moneda corriente (me disculpo por el eufemismo) “eclipsar” a los escritores y demás artistas, le tocó hacer las veces de sereno del mismo liceo en que dictaba clases para solventar así la edición de su primer vástago: *Un esqueleto azul y otra agonía* (Banda Oriental), publicado, con poca fortuna, un mes antes del Golpe de Estado. Luego sobrevendría su destitución y el exilio a Brasil, en donde se establecería definitivamente en un sobrio departamento de San Pablo. Más allá del borde de una página, Rúa Aurora, empapada de aguacero, iniciaba su prefiguración...

Impelido desde la indignación, la disidencia o bien desde aquella “insuficiencia de mundo” que lo circundaba y precedía, cupiendo por entero en el compromiso interno del que escribe consigo mismo, edificó una obra luminosa y polícroma que

atizó como las llamas vivas de una prominente pira griega admirada y reconocida desde márgenes tan distantes como dispares (Nicaragua, Argentina, España, Brasil, Francia, Bolivia, Portugal, Perú, Turquía, México, Colombia). Si bien, como declarase en su *Sobre roca resbaladiza* (Editorial Yaugurú), que no llegó a autografiarme: “situado más allá de la lógica cartesiana y euclidiana, y también más allá del oxímoron, más allá de lo imposible...”, fiel a su reflexión metaliteraria, se limitó a autodefinirse como otro uruguayo-montevideano radicado en Brasil y acostumbrado a dictar clases en francés.

La falta de salud la subsanaba con creces con su probidad y afabilidad empática para con sus allegados más entrañables (ya sin sus “dos Juanes”), del mismo modo que, por cuestiones de distanciamiento y sanidad, también con quienes por admiración procuraban aproximársele para establecer cierto vínculo o comunicación virtual con él, tal como venía siendo hace algún tiempo mi caso. Este hombre lúcido, reflexivo y presumiblemente posicionado entre los exponentes decisivos de la poética nacional contemporánea, entroncado con la historia y la cultura universal, vivía y al tiempo se revelaba entre lo que decía y lo que callaba; y en esa entelequia filosófica acababa revelándonos a nosotros mismos, porque la genialidad no es un fenómeno prodigioso encumbrado en el firmamento como un arco iris, sino que se trata de un valor que reside, cultiva o fermenta en la misma humanidad; una de la que nuestro vate rebosaba y no escatimaba en prodigarnos, pugnando contra la cristalización lingüística y otras ortodoxias adquiridas mediante sus alados heptasílabos, endecasílabos o haikus.

He tomado la sugerencia de archivar los mensajes de whatsapp y facebook que componían toda mi comunicación, la vía de contacto expreso con Alfredo (además de los libros intercambiados digitalmente, porque la pandemia no concedió otro tipo de contacto), no para presumir acerca de sus gentiles y alentadoras devoluciones en relación a aquellos “esbozos textuales” que con entusiasmo me atrevía a conferirle, sino para disponer a mi alcance, las veces que me urja, de la condescendiente pericia intuitiva de quien conoció de primera mano la faena del latente y subversivo sentido de las palabras, y que supo además incitarlas e impelerlas a constituirse en un organismo estético noble y vital, como argamasa pura proveniente de su pluma...

En esa frontal tentativa de abrazar la otredad y regresar con ella a nuestros orígenes, Alfredo Fressia escribió poesía interpelándola, interpelando su naturaleza como autor de poemas. Ahora que él no está, o no al menos a la distancia en que quisiera como para que me replicara al otro extremo de su pantalla, no puedo hacer más que releerlo y pensar que tal vez sí sea dable el albur de que la vida y la literatura, de no ser la misma cosa, tampoco sean demasiado disímiles una de otra. Si no, en perspectiva, ¿cómo se

compendia, sin escamotear la verdad, la existencia de quien glosó su “vida mineral” en versos en busca de un jardín edénico al que precisamente ha regresado libre de lastres y con aroma a mar?

El *cliché* de cierre busca conceder para Fressia la vindicación de que sus libros no dejen de permanecer, como puertas o ventanas abiertas de par en par.

Darío Amaral.

Rocha, martes 22 de marzo del 2022.



Alfredo Fressia (1948-2022)